

religiosos, porque en México no se ha hecho tal prohibición. En cuanto a que deben apoyarse los anhelos de las minorías oprimidas, eso no tiene atinencia con el actual orden de cosas establecido en México. Tal iniciativa, por lo que toca a los "Caballeros de Colón" de nuestro país, sería más provechosa si aquí la ejercitáramos los norteamericanos, tratando de mejorar las condiciones morales de nuestro pueblo. Tenemos aquí muchísimas ocasiones para dedicar nuestras energías a desterrar la corrupción cívica, el bandolerismo brutal y cruel que no tiene paralelo en ninguna otra parte del mundo, los violentos prejuicios raciales y otros defectos de nuestro ambiente que hacen peligrosa la vida de los ciudadanos".

¡Buena lección a los que hablando de patria la quieren ver intervenida! Mas ya expresamos que no queremos comentar estas cosas porque no se nos juzgue come-curas, siquiera en debido acatamiento a la memoria del ilustre Padre Hidalgo, de Morelos, de José Matías Delgado, de Fray Bartolomé de las Casas y de otros heroicos tonsurados que fueron perseguidos por el dogma. Porque, además, de acuerdo con Engels, "resulta estéril toda propaganda antirreligiosa mientras no se modifiquen radicalmente las bases económicas de la sociedad, no siendo entonces sino literatura anarquista el afirmar que la guerra a la religión es uno de los objetivos políticos del socialismo". Y porque, en fin, sólo deseamos que nuestras clases trabajadoras alcancen un nivel humano de vida. Nos basta, entonces, a propósito de México, con traer simplemente a la vista, sin comentarios, cablegramas como este otro:

México, 19 de noviembre de 1935.—(¡Fatídica está resultando esta fecha!)—Se ha organizado y opera desde hace varios días en territorio mexicano la banda de los "Ángeles Vengadores". Estos ángeles siembran el terror en los Estados de Puebla y de Jalisco con toda clase de crueldades, al extremo de que centenares de hombres y de mujeres huyen despavoridos ante la avalancha de los fanáticos, quienes han declarado guerra sin cuartel al programa socialista de las escuelas nacionales. Atacan los "vengadores" a los maestros y maestras de las pequeñas poblaciones con la velocidad del rayo. Mientras los jefes inspeccionan las afueras del poblado, temiendo que lleguen refuerzos del Ejército Federal, los subalternos sacan de sus aulas a los maestros y a las maestras y les cortan una oreja y una mano, sordos a los gritos y a las voces de auxilio de sus víctimas.

Estas últimas semanas, según se advierte, han resultado movidas, no precisamente con ornamentos de iglesia sino con sangre de niños, de mujeres y de hombres, aunque bien es verdad que sangre y ornamentos van en este caso de la mano, si es que manos tuvieren. A riesgo de quedar menos bien quistos con quienes se imaginan que la barbarie está con los sacrificados y no con los sacrificadores, nos tomamos la libertad de agregar a esta nota el siguiente mensaje que no está lleno, a fe cierta, de caridad cristiana.

"Milán, 27 de noviembre de 1935.—El diario "Popolo D'Italia" dice hoy que Roma ha sido por milenios la cuna de la justicia, por lo cual ofende gravemente a los fascistas la sentencia ginebrina de las sanciones. Asistimos al espectáculo magnífico de un pueblo que entrega sus alhajas y su dinero para seguir la guerra contra Etiopía. Hasta el clero católico ha ofrendado sus valiosos anillos y sus cruces rituales como símbolo de la unión espiritual del reino italiano. Agrega el diario mencionado que Italia adopta la resolución de enfrentarse a un mundo civilizado que quiere defender a un país bárbaro, el que debe sujetarse al sistema de mandatos y al control de la civilización occidental".

¡Razón que le sobra tuvo el Padre José Antonio de Laburu para fustigar en las Conferencias de San Ginés (Catedral de Madrid, 1934) a los impíos y a los fariseos que llamándose católicos usan el nombre de Jesucristo para cometer iniquidades!

Exclama el gran predicador, y constan sus palabras en libro impreso con el **Nihil Obstat** del censor eclesiástico: "¡Treinta millones de hombres que no trabajan; otros muchos millones que trabajan para matarse; millones de hambrientos en la miseria! ¡Y miles de toneladas de trigo y de maíz que se queman y de café que se lanzan a los mares! ¡El paro, el hambre, las crisis financieras y la bancarrota económica en el siglo de los adelantos de maquinaria y de los progresos de la industria! Pecados mortales de los capitalistas que explotan al prójimo, sobrecargan de trabajo a los obreros, hacen fraudes en los negocios, se ensañan en los que padecen persecución por la justicia, a tal punto que parecieran tentar a Dios para que sobre ellos caigan las masas revolucionarias".

Condena, pues, el buen sacerdote, como lo hace el socialismo, a las minorías detentadoras de la riqueza que los trabajadores producen. Se alza, lleno de santa ira, contra la concentración del capital en pocas manos, lo que solamente es posible en un sistema inhumano de lucro y de propiedad privada de los medios de producción. No está con el régimen actual que provoca la angustia económica, la desesperación y la miseria de las mayorías explotadas. Y toma de la solapa, el indignado Padre Laburu, a los católicos que sirven y se adhieren a los poderosos de la tierra, formando así también en las filas del cruel capitalismo contemporáneo, cuya última fase viene a parar en bombardeos que "civilicen" a los etíopes, a los haitianos, a los chinos, a los persas, a nosotros mismos, en suma, nicaragüenses, centroamericanos ¡en estado primitivo de barbarie!

Y razón también la tiene a chorros el Obispo Von Ketteler para combatir, energicamente, la explotación de los trabajadores y la rapiña imperialista, crímenes éstos que no son del socialismo sino del régimen que ya toca a su fin.

Y razón tampoco le falta al Padre John A. Ryan, Profesor de la Universidad Católica de Washington, para clamar por un nuevo concepto de justicia social en "The Catholic Charities Review".

Y lo mismo pensamos de San Lucas, San Ligorio, Santo Tomás Moro, San Ignacio, San Ambrosio y el Apóstol Santiago cuando dijo: "(26) **Agita nunc, divites.** Ea, pues, explotadores de la miseria humana, llorad, lamentaos, levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobrevenirnos. Sabed que el jornal que no pagásteis a los trabajadores que cegaron vuestras mieses está clamando contra vosotros. Habéis vivido en delicias y en banquetes sobre la tierra, y os habéis cebado a vosotros mismos para el día del sacrificio". Por eso afirmó Jesús que los dueños de la riqueza, dejados a los simples impulsos de sus pasiones, no se salvarán. **Impossibile est apud homines.** ¡A dirigirles por lo tanto su economía para que se salven, como lo pide en su programa el Partido Socialista Costarricense!

Encima se nos han de venir de nuevo por estas citas sagradas que favorecen al socialismo, verdes de teológico coraje, los reverendos escritores anónimos de la causa católica, quienes a todo músculo nos han venido propinando monumental serie de estacazos de vocabulario. A estos señores del mesurado lenguaje, que tanto hirió los oídos del señor Arzobispo y del señor Vicario General, nada habrá que contestarles. Estamos en un plano al que ni de puntillas ni con zancos han de llegar, así pregonen que reciben aplausos y adhesiones constantes. En eso preferimos no adentrarnos, dándolo desde luego por sabido y averiguado. También tuvieron parroquia entusiasta el cura y el barbero cuando declararon que la bacía era yelmo de Mambrino y que la albarda de asno, para asombro de las personas de buen entendimiento, jaez era de caballo.

Tocante a la acusación por calumnia que presentó el Partido Socialista Costarricense, rechazada en la Suprema Corte, no queremos entrar ni salir. En esto de la justicia humana, medida y moldeada de acuerdo con el parecer de quienes la sirven, más vale cerrar los ojos que tenerlos muy abiertos. Ni hemos tampoco de aminorar